MEMORIA PERDURABLE

Especial · Número 25 · La Voz de Fortuna · Agosto, 2021

UN CLÁSICO ENTRE LOS CLÁSICOS: LA VOZ ACTUAL DE FRANCISCO SÁNCHEZ BAUTISTA FRENTE A LA HERENCIA POÉTICA DE GRECIA Y ROMA

Juan Luis Arcaz Pozo
Universidad Complutense de Madrid

La literatura grecolatina es una de las herencias de la Antigüedad clásica (además del arte, el derecho, la filosofía, el urbanismo, la política o el conocimiento científico) que más profunda y sistemáticamente ha fecundado, desde el Medievo a nuestros días, la cultura occidental, siendo aún hoy —y a pesar del descrédito institucional que sufren las humanidades, en general, y las lenguas clásicas, en particular— una frecuente cantera de motivos literarios —entre los que habría que incluir, en un lugar de prestigio, el mito— que nutren en continua transformación y *aggiornamento* la literatura actual e incumben todavía, como diría J.M. Caballero Bonald, "al periplo / de nuestras más honrosas usanzas culturales".[1]

En la poesía española del siglo XX pocos son los autores que se escapan al poderoso influjo de todo ese caudal literario que viene de Grecia y pasa por Roma, pues podría decirse que casi no hay promoción poética, desde la del 27 hasta la postnovísima de los años 80-90, que no ofrezca una mayor o menor querencia por la literatura clásica y que no haya apostado por hacerse eco de la voz de determinados autores o géneros antiguos que han cobrado en la actualidad una nueva e inusitada vitalidad, como bien han destacado, entre otros estudiosos, M. D'Ors[2] y L. Bagué Quílez[3] para el caso particular de algunos poetas clásicos muy recurrentes en las últimas promociones poéticas (así Safo, Catulo, Marcial y Juvenal o, en lo relativo a los géneros, la sátira y el epigrama). Y el influjo es tan notable que también en la llamada poesía social de los años 50, cuyos intereses bien lejos quedaban de los de los clásicos grecolatinos (aunque algunos poetas del grupo, como Francisco Brines, siempre los tuvieron en el horizonte de su poesía, más íntima y personal que la del resto de compañeros de generación), puede atisbarse una discreta cercanía con la literatura antigua que irá incrementándose con el paso de los años y a medida que este tipo de poesía concebida para la "mayoría" y en combativa oposición al régimen franquista vaya quedando poco a poco obsoleta.[4]

Francisco Sánchez Bautista, el poeta murciano del que vamos a hablar aquí, pertenece con toda justicia a este grupo generacional, por edad y por la clara orientación de su primera poesía, marcada por el desastre de la guerra civil y por las consecuencias de esta en su entorno más inmediato, ya sea el del campo de los años de su infancia o ya el de los conocidos de entonces, amigos y familiares, afectados por la barbarie. Pero también la obra de Sánchez Bautista, como hemos indicado antes que ocurrirá con otros poetas de la generación, evolucionará desde estos presupuestos iniciales hasta adoptar un discurso de mayor serenidad expresiva y corte existencial, aunque no abandone del todo su temática habitual y nunca pierda de vista esa dimensión social, pero cada vez más humana, que la caracteriza. En resumidas cuentas, como bien ha señalado F. J. Díez de Revenga en sus diversos acercamientos a la obra de nuestro autor,[5] el análisis del mundo que rodea al poeta, atento al medio natural en el que habita y a los hombres que lo pueblan y lo trabajan, se acomete desde distintas perspectivas (la social, la elegíaca, la ética y la satírica) que, de alguna forma, marcan —aunque puedan aparecer mezcladas— la evolución de una voz poética tan personal como la suya: su primera poesía social, áspera y combativa, desemboca en un proceso de serena reflexión que lleva al poeta a la justa ponderación de los valores humanos que considera irrenunciables y, por extensión, a la crítica de la ruindad y mentira del mundo en el que vive.

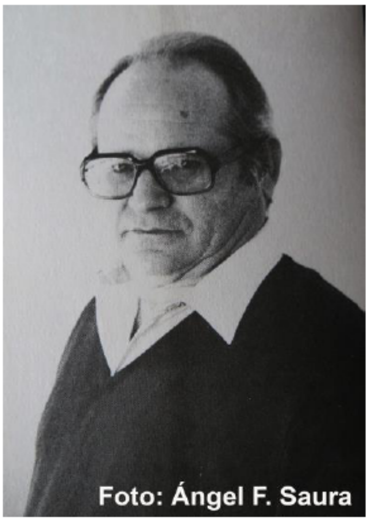


Foto: Ángel F. Saura

Y aunque la obra de Sánchez Bautista no es en absoluto libresca, sino que emana directamente de la observación del mundo que lo rodea (sobre todo el paisaje rural de su Murcia natal y de las vidas de los hombres que en él moran, según se ha dicho), no es infrecuente ver cómo su voz se apoya en la de otros eminentes poetas que lo han precedido: clásicos como Boscán, Lope de Vega, Calderón o Quevedo, o contemporáneos como Unamuno, César Vallejo, León Felipe o Miguel Hernández. En todos los casos, la cita de estos y otros autores o la glosa que hace de algunos de sus versos (pues, en ocasiones, dicha cita se desarrolla y queda integrada con absoluta normalidad en el poema) no son un mero alarde de erudición o de impostado conocimiento de toda esa tradición, sino que, perfectamente asimiladas y fundidas con la voz original de nuestro poeta, se conforman como un modo de afianzar su propia visión del mundo al amparo de los maestros citados y una manera de depurar el dominio formal de su propia expresión poética.

Algo de todo esto es lo que, precisamente, nos encontramos, en relación con la glosa y evocación de algunos poetas y personajes de la literatura —y la historia— de Grecia y Roma, en el libro *Alto acompañamiento* del que nos vamos a ocupar aquí y sobre el que tuvimos ocasión de hablar brevemente en el IX Congreso Internacional de la Sociedad de Estudios Latinos celebrado en Granada en julio de 2018. Como claramente dejó señalado al respecto F. J. Díez de Revenga:[6]

> "El acceso a la clasicidad experimentado por Sánchez Bautista en este libro es el resultado de una búsqueda de expresión poética llevada a cabo a lo largo de toda su obra literaria, que ofrece al mismo tiempo una lección de vida honrada, forjada en el trabajo cotidiano, llena de bondad natural, vivida en el paisaje de una tierra mediterránea y confirmada en la dureza y generosidad de la vida campesina, expresión, en definitiva, de una conciencia y de una libertad, la de los valores éticos eternos, definida en la filosofía poética de este libro de madurez".

Este poemario se publicó en una versión corta en 1988 tras haber obtenido el Premio de Poesía Antonio Oliver Belmás, de la ciudad de Cartagena, un año antes.[7] En 1992 vio la luz una versión ampliada que fue recogida posteriormente en la edición de las obras completas de nuestro autor que, con prólogo de F. J. Díez de Revenga, publicó la Real Academia Alfonso X el Sabio de Murcia en el año 2005.

---

[1] En el poema "Un paradigma" dedicado a la *Eneida* de Virgilio que cierra el libro *Diario de Argónida*, Barcelona, Tusquets, 1997, p. 153.

[2] M. D'Ors, "Unas notas sobre poética española de los años 80 y 90", *RILCE. Revista de Filología Hispánica* 22.2 (2006), pp. 203-222, esp. p. 215.

[3] L. Bagué Quílez, "La recuperación del sentido clásico en la última poesía española", *Hesperia. Anuario de Filología Hispánica* 6 (2003), pp. 27-41, esp. p. 28.

[4] Sobre la evolución del discurso de la poesía social española, véase P. Carriedo Castro, "Breve revisión de la *poesía social* de posguerra (1939-1975): un 'concepto de época'", *Estudios humanísticos. Filología* 27 (2005), pp. 43-62.

[5] Así en el estudio preliminar que abre la edición de las *Poesías completas* de Francisco Sánchez Bautista (Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio, 2005) que con diversas variantes ha sido recogido en los trabajos "Francisco Sánchez Bautista, el poeta en su mundo", *Tonos Digital* 35 (2018) y "Francisco Sánchez Bautista en su poesía de ayer a hoy", este último aparecido en el suplemento literario *Memoria perdurable* del diario *La Voz de Fortuna* (diciembre de 2020). Para otros trabajos de F. J. Díez de Revenga relacionados con la obra de Sánchez Bautista (estudios puntuales o prólogos) y, asimismo, para la cada vez más abundante bibliografía sobre nuestro autor, véase el listado bibliográfico que se recoge al final de cada uno de los tres trabajos citados antes.

[6] F. J. Díez de Revenga, "Francisco Sánchez Bautista, el poeta en su mundo", *art. cit.*, p. 12.

[7] F. Sánchez Bautista, *Alto acompañamiento*, Murcia, Editora Regional de Murcia, 1988.

Esta versión amplificada está dividida en tres libros que contienen un total de treinta y cuatro composiciones agrupadas en función de unos ejes temáticos claramente definidos y visibles en cada una de esas tres secciones: en la primera de ellas (con 11 poemas) se abordan los valores que atesora el campo y la naturaleza, dándose cabida también al tema del amor en un sentido muy general y amplio (el amor a los seres queridos y a la belleza que emana de la naturaleza);[8] en la segunda (con 12 composiciones) confluyen poemas que denuestan la envidia, la impostura, la violencia o la guerra junto a otros que elogian la honradez, la verdad, el civismo político, la justicia social y la dignidad de la mujer (representada por las míticas Medea e Ifigenia) frente a la opresión de los hombres;[9] y, por último, en la tercera (también con 11 poemas), de aires más metafísicos y existenciales, se aborda el tema del paso del tiempo (que afecta al poeta y al medio rural en el que vive) y de la muerte (la propia y la de la naturaleza circundante) a la que el poeta espera con resignación estoica y no pocas dudas sobre la existencia de un Dios transcendente y justo.[10] Esta última sección, y el libro todo en realidad, se culmina con un poema de igual título al de la obra, "Alto acompañamiento", que es en sí mismo una síntesis de la temática que planea por el poemario y una explicación, clara y precisa, de los motivos que justifican la presencia constante en estos versos de la inmarcesible e imperecedera poesía grecolatina sobre la que se levantan:[11]

Alto acompañamiento
le venís dando al tiempo porque altísimas
y generosas son vuestras palabras
y firme y lúcida es vuestra conciencia.
… …
Ni ostracismos, ni olvidos, ni destierros,
ni la calumnia, que constante escupe,
ni las Horas con su mortal urdimbre,
podrán pulverizar lo que es espíritu.
… …
Cuando el sol envejezca,
y todo aquello hermoso que alzó el ansia
del hombre, sea ceniza,
seguirán resistiéndose a la muerte
esos altos conceptos que a la vida
les disteis con palabras.

Conviene advertir, sin embargo, que, al igual que ocurre con los otros muchos clásicos (los españoles del Siglo de Oro y los de otras épocas y literaturas) que, según se ha dicho, son en numerosas ocasiones el punto de partida para el desarrollo de la propia poesía de Sánchez Bautista (o cuya cita precisa inspira al autor), el acceso de nuestro poeta a los clásicos de Grecia y Roma se ha hecho de forma autodidacta. Como se apostilla en una entrevista realizada en el año 2007 al cumplirse cincuenta años de la publicación de su primer poemario *Tierras de sol y de angustia* (1957):

> "Francisco Sánchez Bautista no fue nunca a la universidad. Sus únicos estudios los hizo gracias a un profesor de la República, el maestro Lucas, que iba de casa en casa dando lecciones. Todavía le recuerda tocando una caracola para anunciar que era la hora de clase –como se hacía en las riadas para alertar a las gentes—. El pequeño Paco acudía a casa del maestro de la mano de su hermano mayor. Una vieja casa con una hermosa palmera en el patio, en cuyo entorno un pequeño Sánchez Bautista disfrutaba comiendo sus ricos frutos".[12]

Y también es conveniente señalar que no es esta la primera vez que los temas de la poesía antigua hacen acto de presencia en la obra de Sánchez Bautista. El "alto acompañamiento" brindado por todos esos poetas antiguos a los que se refiere nuestro autor en el libro que nos ocupa se empieza a vislumbrar, al menos, desde la aparición del poemario *Encuentros con Anteo* (1976). El mismo título y, por extensión, los tres versos iniciales del poema I del Libro primero de esta obra ("No has sido geórgico, ni eglógico, ni arcádico, / sino un cabal Anteo muy parigual al limo / que cotidianamente tus bruscas manos hiñen") evocan algunos elementos de la tradición clásica perceptibles para cualquier lector que conozca, en primer lugar, la obra virgiliana (aquella más claramente vinculada al mundo de la *silva* —las *Bucólicas*— o del *rus* —las *Geórgicas*—, es decir, el campo idealizado y coincidente en su configuración literaria con el de la Arcadia y el otro real, aunque también algo literaturizado, del agro romano —si atendemos a la cierta idealización que Virgilio hace en esta obra de las tradiciones rurales de Roma en apoyo a las directrices políticas de Augusto en materia agraria—) y que aprecie, en segundo lugar, el sentido que cobra el nombre del personaje mitológico de Anteo, el hijo aquel de Posidón y Gea al que Hércules derrotó en singular combate y que recibía toda su fuerza y su poder a través del contacto directo con su madre Tierra. Por tanto, el labrador aludido por el poeta lejos está de las convenciones literarias referidas al campo que Virgilio plasma en sus poemas (no es, pues, un *rusticus* libresco), sino que presenta las características de un campesino fuertemente vinculado a la tierra como el Anteo del mito, parido por ella y que de ella recibe todo su vigor y fuerza.

También el poemario siguiente, *Del tiempo y la memoria* (1982) ofrece algunos guiños a la literatura antigua, bien que se trate de menciones puntuales a determinados poetas que, con todo, muestran ya una lectura personal y propia de ellos, o que, de nuevo, se aluda a algún personaje del mito que opera en el poema una función acorde a la visión que Sánchez Bautista tiene del campo y sus afanes. Es el caso, por ejemplo, de la doble referencia a Hesíodo y a Horacio que encontramos en el poema dedicado a "Julián Andúgar"; el nombre del poeta griego ("Como Hesíodo, cantó comprometido / las fatigas del hombre que labora / unos palmos de tierra y una muerte) es glosado con obvio conocimiento del significado que su obra *Los trabajos y los días* tiene para elogiar la vida aferrada a las honradas tareas del campo y, el del latino ("y la amistad, la Patria y el buen vino, / como Horacio, su ameno consejero"), lo es por cuanto este representa por antonomasia la celebración de la amistad (recuérdense sus varias odas en honor de Mecenas —así la que abre el libro I de las *Odas*—), el amor por la patria (téngase en cuenta el v. 13 de la *Oda* III 2: *dulce et decorum est pro patria mori* ["dulce y honesto es morir por la patria"]) o el gusto por el vino como celebración de la vida (según puede verse también en numerosas odas en las que el *merum* forma parte de la múltiples y variadas expresiones horacianas del *carpe diem*).[13] O también la misma doble mención a otros dos poetas latinos (Virgilio y, de nuevo, Horacio) que, junto al nombre de fray Luis, conforman el trío que acompaña a Sánchez Bautista en ese atisbo de felicidad vinculada al sosiego campestre que leemos en la reescritura de la famosa oda luisiana (inspirada, recuérdese, en el *Epodo* II de Horacio[14]) que hace en el poema titulado "Nueva oda a la vida retirada":[15]

Horacio me acompaña,
Fray Luis me da la rima y la medida,
y Virgilio me baña
con su palabra henchida
de dulzura y amor hacia la vida.

Y también ocurre algo similar, por último, con la referencia al nombre de Deméter que juega un papel fundamental en el hermoso poema titulado "Deméter, por buen nombre" en el que la diosa de la agricultura (la Ceres romana) insta al poeta, en conversación admonitoria, al trabajo del campo como forma de ser feliz y llevar una vida honesta (algo que, en parte, recuerda a los consejos que el poeta Marcial dirige a un amigo de igual nombre en el famoso epigrama X 47).[16]

---

[8] Los poemas incluidos aquí son los titulados: "Virgilio", "De Tibulo a Horacio", "Donde se nombra a Horacio", "Los idus de marzo", "Albio Tibulo", "Propercio", "Esclarecido cosmos", "Consagración del agua", "Elegía a una deidad adorable", "Olivo solariego" y "La muerte de Argos".

[9] Los títulos de los poemas de esta segunda parte son: "Catulo increpa", "Marco Valerio Marcial", "El desterrado", "Juvenal se indigna", "Oficio de tiranos", "Cincinato", "Algo más que palabras", "Tito Lucrecio Caro", "Encuentro con Hesíodo", "Femenina es la furia", "Súplica y muerte de Ifigenia" y "A los hermanos Graco".

[10] Los poemas, excluido el último titulado "Alto acompañamiento", son los siguientes: "Un frío visitante", "Jamás revelará naturaleza…", "Implacable Cronos", "El sueño de una sombra", "¿Qué dirías, Nausica?", "Elogio de una metamorfosis", "Palpando sombras", "Ritual del fuego", "Hubo un dios Lar" y "Cementerio rural".

[11] No en vano, el poema se abre con una cita del comienzo de la *Oda* III 30 de Horacio en la que el poeta latino aborda el tema de la inmortalidad que otorga la poesía. Recuérdese su comienzo (vv. 1-7): *Exegi monumentum aere perennius / regalique situ pyramidum altius, / quod non imber edax, non Aquilo inpotens / possit diruere aut innumerabilis / annorum series et fuga temporum. / Non omnis moriar multaque pars mei / vitabit Libitinam...* ("He levantado un monumento más duradero que el bronce y más alto que la construcción real de las pirámides, al que ni la lluvia voraz ni el impetuoso Aquilón podrán destruir o la serie interminable de años y el correr de los tiempos. No moriré del todo y una buena parte de mí evitará a Libitina…").

[12] Entrevista realizada por P. Vera Nicolás y publicada en *Campus Digit@l (Revista de la Universidad de Murcia)*.

[13] Como ocurre, sin ir más lejos, en los vv. 6-8 de la *Oda* I 11 dirigida a Leucónoe que contiene esta famosa fórmula que da nombre al tópico: ... *Sapias, vina liques et spatio brevi / spem longam reseces. Dum loquimur, fugerit invida / aetas: carpe diem, quam minimum credula postero* ("Sé sabia, filtra el vino y corta una esperanza larga para un breve espacio de tiempo. Mientras hablamos, envidiosa habrá escapado la edad: sácale fruto al día, confiada lo menos posible en el que vendrá después").

[14] Reproducimos aquí, para que pueda entenderse mejor, su comienzo (vv. 1-8): *Beatus ille qui procul negotiis, / ut prisca gens mortalium, / paterna rura bubus exercet suis / solutus omni faenore / neque excitatur classico miles truci / neque horret iratum mare / forumque vitat et superba civium / potentiorum limina* ("Feliz aquel que lejos de los negocios, como la antigua raza de los mortales, trabaja los campos paternos con sus propios bueyes, libre de toda usura, y no se asusta, cual soldado, con el amenazador toque de la trompeta ni lo amedrenta el mar encrespado y evita el foro y los soberbios umbrales de los ciudadanos más poderosos").

[15] Ya antes, en el libro *Encuentros con Anteo* de 1976, había hecho una primera versión de la oda luisiana en el poema "Encuentro con un hombre de paz" que comienza diciendo: "Dichoso aquel que nunca oyó un disparo / ni horrorizó sus ojos / con sangre de tragedia".

[16] Marcial X 47: *Vitam quae faciant beatiorem, / iucundissime Martialis, haec sunt: / res non parta labore, sed relicta; / non ingratus ager, focus perennis;/ lis numquam, toga rara, mens quieta; / vires ingenuae, salubre corpus; / prudens simplicitas, pares amici; / convictus facilis, sine arte mensa; / nox non ebria, sed soluta curis; / non tristis torus, et tamen pudicus; / somnus, qui faciat breves tenebras: / quod sis, esse velis nihilque malis; / summum nec metuas diem nec optes* ("Las cosas que hacen la vida más feliz, queridísimo Marcial, son estas: una hacienda no conseguida con esfuerzo, sino heredada; un campo no desagradecido, un fuego perenne; disputas nunca, toga rara vez, el espíritu tranquilo; fuerzas innatas, cuerpo saludable; prudente sencillez, amigos iguales; comida austera, mesa sin artificio; noche no ebria, pero libre de preocupaciones; un

Volviendo a *Alto acompañamiento*, hemos de tener en cuenta que los clásicos grecolatinos que concurren en este poemario lo hacen porque el poeta ve en ellos, más allá de sus cualidades formales o su condición de imprescindibles y sin ningún tipo de determinismo académico, un fondo ético que a él le ayuda a entender su presente cotidiano o le evoca un pasado —en significativo contraste con la dura y mediata realidad en la que vive— al que mira con memoriosa nostalgia. Es así como, en cierto sentido, y a pesar de que el tono de la obra —la lectura de los poetas grecolatinos que en ella se hace— es fundamentalmente moral, confluyen en este poemario la perspectiva elegíaca y la ética que resultan de la evolución de su poesía más social, según se ha indicado antes: la primera, fundada sobre el recuerdo y la serena reflexión sobre una naturaleza de tiempos remotos feliz y generosa, y, la segunda, asentada sobre el convencimiento de que el perfil humano de algunos de los poetas antiguos —o de los personajes de su historia— que se citan sirve para denunciar comportamientos execrables y ruines del presente o para ponderar valores como la honradez y la dignidad que, dicho sea de paso, también son virtudes que nuestro poeta había destacado siempre a través de las humildes y sencillas vidas de los hombres y mujeres que trabajaban el campo o habían tenido que emigrar de su tierra en busca de mejores oportunidades.

Por otro lado, también es oportuno señalar que el lector que accede a la lectura de esta obra debe saber que no estamos ante un libro en el que la materia clásica se le presenta engastada en los versos de Sánchez Bautista con velados virtuosismos, ni ante un poemario en el que para atisbar el aliento de los antiguos tenga que hacer, a la manera de un sesudo y críptico crítico literario, un esforzado análisis intertextual que explique la sutil relación de lo nuevo con lo clásico. La materia antigua sobre la que se levantan estos poemas se manifiesta con paladina claridad y sin ningún tipo de escorzo culturalista. Ya lo dijo con manifiesta explicitud C. Clementson:[17]

> "... sin pretenderlo, o mejor, sin presunción culturalista alguna, sin vacuos ademanes ni alardes —y desde muy temprana fecha, 1963 [en referencia al libro *A modo de glosa*, de ese año]—, ésta es también una poesía 'sabia', en la que el recurso, por ejemplo, a la intertextualidad y a la asunción legítima y operante de una tradición literaria es empleado con rigor, naturalidad y frescura, sin acartonamientos ni tics de escuela. Una poesía sabia que funde, a la vez, culturalismo y efusión vital, sabiduría literaria y vitalismo a un tiempo, con referentes culturales nada exóticos ni peregrinos, sino castizos, auténticos y pertenecientes todos a nuestra estricta tradición literaria, o a la común grecolatina. El poeta no intenta más o menos ingenuamente deslumbrar a nadie con un conocimiento enciclopédico de literaturas foráneas, sino encender su voz y su emoción con las brasas siempre vivas de sus dilectos maestros".

Así, los poetas no son evocados desde una impostura literaria ni se constituyen en un simple decorado de fondo sobre el que resalta lo propio frente a lo ajeno; lejos de cualquier moda al uso, el autor de *Alto acompañamiento* nos ofrece, con la franqueza habitual de sus versos —sencillos, claros, pero de una rotunda y natural profundidad que emana del magistral uso que Sánchez Bautista hace del endecasílabo—, una lectura personal y, en algunos casos, sorprendente de algunos de los más importantes autores de la antigüedad, entre los que se cuentan, entre los griegos, Homero (del que se evoca, además del episodio de Nausícaa, la emocionante escena del reconocimiento de Ulises por parte de su perro Argos que leemos en el canto XVII de la *Odisea*), Hesíodo, Safo, Píndaro, Esquilo, Sófocles o Eurípides y, entre los latinos, César, Cicerón, Lucrecio, Catulo, Virgilio, Horacio, Tibulo, Propercio, Ovidio, Séneca, Marcial o Juvenal —aparte de algún otro más— y determinados personajes históricos de Roma de relevantes cualidades humanas y morales (así Mario, Cincinato o los hermanos Graco).

Como el espacio del que disponemos es limitado, vamos a comentar brevemente no el conjunto de composiciones del libro que nos ocupa en su versión ampliada de 1992, sino el elenco de poemas (12 en total) que conformaron la entrega inicial de *Alto acompañamiento* que fue publicada en 1988 y que contiene algunos poemas que tienen que ver fundamentalmente con poetas latinos.[18] Dejamos, pues, para otro momento el análisis del resto de esta obra, que se muestra tanto o más interesante en lo que no entramos a comentar que en lo que ahora comentaremos. Hay que advertir, no obstante, que los poemas de la edición de 1988 se encuentran distribuidos en los tres libros que conforman la de 1992, por lo que también en esta primera entrega encontramos las tres líneas temáticas a que nos referíamos antes como denominador común de cada una de las secciones.

El poema inicial que abre el libro, con el título de "Virgilio", está dedicado obviamente al autor de la *Eneida*. No podía Sánchez Bautista comenzar de mejor manera el homenaje a sus poetas predilectos de la Antigüedad que haciéndolo con Virgilio, pues la especial sintonía del murciano con él (con el bucólico y geórgico, más que con el épico —recuérdese la evocación que mencionábamos antes en el v. 1 del poema que abre el libro *Encuentros con Anteo*: "No has sido geórgico, ni eglógico, ni arcádico"—) es manifiesta tanto en esta obra como en poemarios anteriores, donde también se citan explícitamente en alguna ocasión los versos virgilianos que abren la presente composición —y que son los finales de la *Bucólica* I—.[19] La evocación de Virgilio, que hace acto de presencia en el poema como un fantasma que se aparece en mitad del milagro estacional ("Os anuncio que ahora es un espíritu / tan leve como invicto, el que se acerca / esta tarde de otoño a visitarme / con un tierno mensaje inmarcesible / cuando el paisaje se desnuda, lento, / de su fronda caduca y enfermiza"), se produce con motivo de la experiencia del poeta ante la serena belleza de un atardecer otoñal y la reflexión a que lo mueve el pensar si fue así siempre la explosión de colores (los pálidos follajes, el bermellón que enciende el sol último en las crestas de los montes) y sonidos (la algazara de los pájaros) del mes de noviembre. El espectáculo natural vivido por el poeta, inasible y germen de su "abismo de inquietudes" (pues su arrobo ante la naturaleza lo lleva muy frecuentemente a tales dudas existenciales —¿cuál es el origen de todas las cosas?—), solo se dulcifica con la poesía virgiliana (pues el de Mantua es presentado como "maestro de dulzuras y piedades") que es capaz de calmar la inquietud de Sánchez Bautista con el lenitivo de la serena belleza de sus versos:

> Su voz de mansa selva me apacigua
> y me infunde en el alma un delicado
> deseo de fundirme en el misterio
> cuajado de temores, cuando el véspero
> de tibio resplandor mueve mis pasos
> y me invita a soñar en algo hermoso,
> esencial, sustancioso, indestructible,
> mientras pienso en Virgilio y en sus veinte
> siglos de serenísima belleza.

Y si Virgilio es ejemplo de asimiento de tales instantes únicos, Tibulo representa la aspiración al amor en su faceta más pasional y perturbadora a la que hombre no está dispuesto a renunciar. Tal es el mensaje que, en efecto, se desprende de la evocación de los amores tibulianos en el poema "De Tibulo a Horacio", composición que desarrolla la referencia a su relación con una mujer llamada Glícera que cita el poeta de Venusia en la *Oda* I 33 (versos que se incluyen, además, como cita explícita al comienzo de la misma)[20] y que contrasta con la contención de la pasión amorosa —destacada aquí por Sánchez Bautista— a que invita frecuentemente la musa de Horacio (y en la que incide con más precisión en el poema titulado "Donde se nombra a Horacio" que sigue a este). La meditación del poeta murciano ante la anécdota amorosa que relata el venusino lo lleva a una lectura ejemplar que transciende lo narrado (¡qué efímero es el amor!) y que se pone en boca del elegíaco del siguiente modo:

> … es injusto
> que aquello que se ama viva menos
> en su esplendor total, en su belleza,
> que el verso que celebra esta hermosura.
> ¿De qué floja materia estamos hechos
> que es más eterno el eco de una flauta
> o un verso de Virgilio, o el encanto
> de un mármol cincelado, que la prenda
> bella y real que elogios nos arranca?

Pero no es esta la única ocasión en que Sánchez Bautista rememora la figura y la obra de Tibulo. También en el poema "Albio Tibulo" se hace una lectura cabal —y un elogio, por tanto— de los principios que, según leemos en su obra, guiaron los ideales de vida del elegíaco.

---

lecho no aburrido, y sin embargo decente; un sueño que haga breves las tinieblas: querer ser lo que seas y no preferir otra cosa; no temer el último día ni desearlo").

[17] C. Clementson, "La tierra y el tiempo en la poesía de Francisco Sánchez Bautista", en F. Sánchez Bautista, *Antología poética (1957-1990)*, edición de J. A. Postigo, Murcia, Universidad de Murcia, 1990, pp. 19-31 (la cita en pp. 23-24).

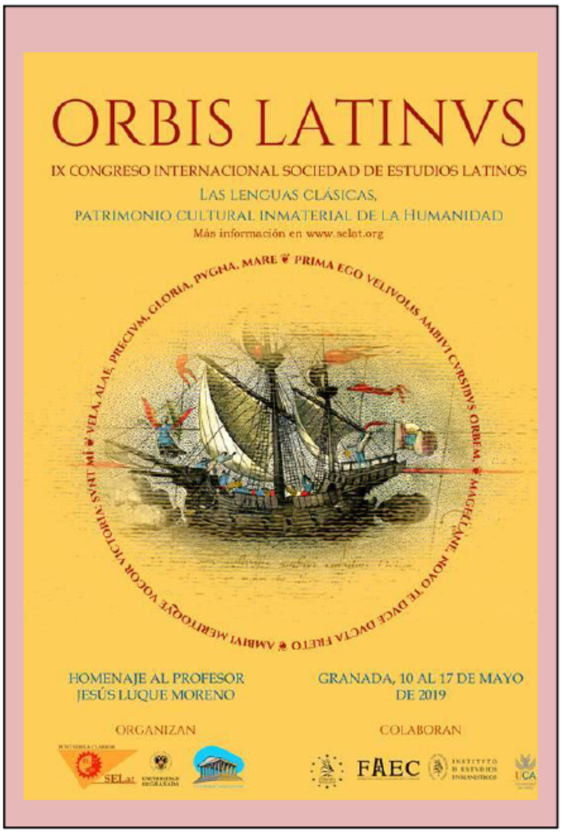
[18] Estos poemas son los siguientes: "Virgilio", "De Tibulo a Horacio", "Donde se nombra a Horacio", "El desterrado", "Los idus de marzo", "Catulo increpa", "La muerte de Argos", "Esclarecido cosmos", "Albio Tibulo", "Un frío visitante", "Consagración del agua" y "Alto acompañamiento".

[19] Virgilio, *Bucólica* I 79-83: *Hic tamen hanc mecum poteras requiescere noctem / fronde super viridi. Sunt nobis mitia poma, / castaneae molles et pressi copia lactis, / et iam summa procul villarum culmina fumant / maioresque cadunt altis de montibus umbrae* ("Sin embargo, aquí podías descansar esta noche conmigo sobre el follaje verde. Tenemos dulces manzanas, tiernas castañas y abundancia de leche cuajada, y ya a lo lejos humean los altos tejados de las casas y más grandes caen las sombras desde los elevados montes").

[20] Horacio, *Odas* I 33, 1-4: *Albi, ne doleas plus nimio memor / inmitis Glycerae neu miserabilis / descantes elegos, cur tibi iunior / laesa praeniteat fide* ("Albio, no te duelas acordándote en exceso de la cruel Glícera ni cantes sin cesar elegías dignas de lástima porque uno más joven, quebrantada la fidelidad, se ha puesto por delante de ti"). Hay que señalar que, muy oportunamente, Sánchez Bautista desarrolla la supuesta amistad entre Horacio y Tibulo (pertenecientes a distintos círculos literarios: el primero al de Mecenas y, el segundo, al de Mesala Corvino), que la crítica intuye por la posible referencia del autor de Venusia al poeta elegíaco en esta *Oda* I 33 (al que llama Albio, aludiendo quizás al *praenomen* conocido de Tibulo -Albio o Alio-, y mencionando, además, a unos de sus posibles amores aparte de Delia y Némesis, es decir, la Glícera que aparece en la elegía XIX del libro III del *Corpus Tibullianum*) y por la también horaciana *Epístola* I 4 en la que se describe a un Albio cuyos rasgos coinciden con los del elegíaco.

Partiendo de una cita explícita de los versos iniciales de la elegía III 9 de los *Amores* de Ovidio dedicada a la muerte del poeta de Gabios, Sánchez Bautista se adentra en el escrutinio de aquellos rasgos que definen el modo de vida al que aspiraba Tibulo: anhelo de paz y desprecio de la codicia y las riquezas, deseos de vivir sencillamente de lo que produce un campo (el mismo que rememora y apetece el propio poeta murciano) trabajado con el sudor de la frente, temor a una muerte violenta y lejos del hogar, y aspiración a vivir el amor verdadero al lado de su amada.[21] En esta ocasión, Sánchez Bautista emplea sistemáticamente numerosos ecos verbales de las elegías tibulianas (aunque mezclados a veces con versos de Lígdamo y del anónimo Panegírico de Mesala incluidos en el denominado *Corpus Tibullianum*) que han sido adaptados (mediante el uso de unos espléndidos endecasílabos en alternancia con heptasílabos) de las composiciones que mejor describen el plan vital del elegíaco: los poemas I 1 —ya mencionado—, 3 y 10 y II 1 (para la descripción de las alegres fiestas rurales que refiere). En este caso, pues, la lección ética que Sánchez Bautista nos ofrece a partir de su lectura de la poesía tibuliana viene dada por la ponderación que hace de una actitud como la del elegíaco que él, en su fuero interno, refrenda, apoya y defiende taxativamente, pues vemos que no se limita tan solo a describirla, sino que conmina imperativamente a sus posibles detractores a respetar la opción de vida elegida por Tibulo (y que, a buen seguro, él mismo comparte): "No le ofrezcáis riquezas…", "Procuradle la paz…", "¿No oís cómo abomina / de la violencia y de la airada Muerte?", "Él prefiere una Arcadia y de ella os habla…", "No porfiadle más, pues le atormenta / la triste idea de la muerte lejos / de aquellos que le quieren y él tanto ama"…[22]

También la lectura ética de los poetas latinos, como hemos adelantado, le sirve a Sánchez Bautista para poner en solfa actitudes mezquinas y censurables que se dieron entonces y que aún hoy se siguen dando con asiduidad. En esta línea crítica se enmarcan, por ejemplo, los poemas dedicados a Catulo y a Ovidio que en la edición de 1992 de *Alto acompañamiento* aparecen insertos en la segunda sección del libro (aquella, recordemos, en la que se censuran determinados comportamientos ruines y se elogian, por otro lado, valores y virtudes dignas de ponderar). Con respecto al primero (en el poema "Catulo increpa"), partiendo de una cita explícita de su poema 29 (composición que arremete contra Mamurra, César y Pompeyo), se reprueba, por un lado, la falsedad y desfachatez de tantos Padres de la Patria (representados en los nombres de Mamurra, César y Pompeyo que se citan en el texto catuliano), promotores de discordias y guerras fratricidas, y se alaba la actitud de un poeta como Catulo que no se pliega a cantar las alabanzas de tales próceres, sino que prefiere su *Musa tenuis* en la que solo tienen cabida Lesbia y su gorrión, a pesar de que su "carácter, alegre y tolerante, / a veces toma visos de tristeza, / pues cavila(s) y sufre(s) demasiado", dice nuestro autor rememorando con estos ecos verbales otras composiciones —y facetas— del veronés. Resulta llamativo el hecho de que Sánchez Bautista no nos ofrezca una visión más acorde a la habitual en el caso de este poeta (siempre vinculado, en toda su tradición literaria, al tema del amor pasional y sus efectos paralizantes —como leemos en la plegaria que Catulo eleva a los dioses en su poema 76 para librarse de la enfermedad de amor que lo atenaza o en el famoso poema 85 que condensa en tan solo dos versos el iracundo dolor de un amor perdido—),[23] sino que nos lo presente como ejemplo de una actitud ética encomiable de desplante y desapego hacia el poder y sus dirigentes, a los que el de Verona solo se dirige para mostrarles el más profundo y visceral de los rechazos.



Con respecto a Ovidio, también Sánchez Bautista opta por mostrarnos una faceta inusual que, al igual que en el caso anterior, busca censurar el vicio de la envidia. De alguna manera, el poema "El desterrado" dedicado a Ovidio (la composición se abre con una nueva cita explícita del comienzo de *Pónticas* IV 16) sigue la misma línea del dedicado a Catulo, pues también aquí Sánchez Bautista se inclina por presentarnos al poeta de Sulmona como una víctima del rencor de Augusto (que "siente celos / de que un numen brillante favorezca / a quien canta al amor más que a los héroes") más que como el gran poeta del amor (aunque aluda a ello) y de los mitos.

Y resalta la paradoja de que Ovidio, que implora el perdón del gran César, se ha convertido gracias a sus versos en más inmortal que el propio Augusto, envanecido "hasta el delirio" por el aplauso popular que exalta "su nombre entre vencidos":

> No implores más ni extremes tus halagos
> a un dios mortal. Su corazón, distante
> y ególatra, abunda en otras cosas
> de más fiereza: usurpaciones, guerras,
> hambre, ruina, orfandad, sangre inocente,
> es su noble tarea enardecida.
>
> … …
>
> Pero tú, insigne maestro de ternuras,
> sin ser de la progenie de los dioses,
> eres tan inmortal o más que César.

Y como en el caso de Catulo, no solo hemos de leer planamente la lección que nos ofrece Sánchez Bautista sobre la actitud de rechazo, desdén y desprecio hacia los poderosos gobernantes de Roma que ejemplifican estos dos autores latinos, sino que también hemos de entender, desde la perspectiva social que a estos poemas les infunde el poeta murciano (aún a las alturas de la época en que fueron escritos, ya en plena democracia), que la crítica es fácilmente trasladable a nuestros días, a los de ahora y a los de hace bastante más de cuatro décadas (como luego el poeta hará en el libro *La Pajarodia. Casi fábulas* de 1997, un compendio de sátiras éticas que enmarcan la evolución final de su poesía).

Son estos poemas de Sánchez Bautista, como puede verse, un buen ejemplo —uno más— de la pertinencia y actualidad de la literatura clásica, que, lejos de estar muerta o parecer inservible, sigue ofreciendo lecciones de vida y argumentos para explicar nuestro presente, tan parecido en tantas cosas al que vivieron hace dos o casi tres milenios los hombres y mujeres de la Grecia y Roma clásicas. La lectura que nuestro poeta hace de este representativo puñado de autores de la Antigüedad es también, aparte de una invitación —sin prejuicios ni prevenciones— a su descubrimiento y disfrute, una forma de reclamar hoy en día el lento y pausado paladeo de toda esa literatura para apreciar en ella la serena belleza que atesora (por servirnos de sus propias palabras) y el mensaje certero y casi siempre justo que nos brinda, ingredientes apropiados para afrontar con más cordura y optimismo el lento paso de los días. Este libro es, en suma, un buen ejemplo, por añadidura, de que la Poesía (así, con mayúscula) se construye con los mimbres de la tradición, pero con unos mimbres a los que solo las manos portentosas y sabias de poetas como Sánchez Bautista son capaces de darles nueva forma y cabal sentido para seguir emocionando en la misma medida en que lo hace también el original.

---

[21] Principios de vida todos que están condensados en la programática elegía I 1 del poeta latino, aquella que comienza diciendo en famosa priamel (vv. 1-6): *Divitias alius fulvo sibi congerat auro / et teneat culti iugera multa soli, / quem labor adsiduus vicino terreat hoste, / Martia cui somnos classica pulsa fugent: / me mea paupertas vita traducat inerti, / dum meus adsiduo luceat igne focus* ("Que otro amontone para sí riquezas de amarillo oro y posea muchas yugadas de suelo cultivado; que a ese el trabajo constante lo aterrorice estando cerca el enemigo, que el sonar de la trompeta marcial le quite el sueño: que a mí mi pobreza me lleve por una vida tranquila mientras brille mi hogar con el fuego acostumbrado").

[22] Y este último verso -merece la pena destacarlo- es eco del dístico aquel de Tibulo de la elegía I 1 en el que, sin mostrar ambiciones ningunas, solo aspira a morir acompañado de su amada Delia (vv. 59-60): *Te spectem, suprema mihi cum venerit hora, / te teneam moriens deficiente manu* ("Ojalá te tenga a la vista, cuando me haya llegado la hora suprema, y te toque al morir con mano desfalleciente").

[23] Catulo, poema 76 (vv. 17-22): *O di, si vestrum est misereri, aut si quibus umquam / extremam iam ipsa in morte tulistis opem, / me miserum aspicite et, si vitam puriter egi, / eripite hanc pestem perniciemque mihi, / quae mihi subrepens imos ut torpor in artus / expulit ex omni pectore laetitias* ("Oh dioses, si es propio de vosotros compadeceros o si a alguien alguna vez ya en los umbrales de la muerte le habéis llevado alguna ayuda, contempladme a mí, desdichado, y, si he llevado mi vida decentemente, arrancadme esta peste y perdición que, introduciéndose como una parálisis hasta lo más profundo de mis entrañas, ha expulsado por completo las alegrías de mi corazón"). Catulo, poema 85: *Odi et amo. Quare id faciam, fortasse requiris. / Nescio, sed fieri sentio et excrucior* ("Odio y amo. Por qué hago esto tal vez preguntes. No lo sé, pero siento que así ocurre y me atormento").

Maquetación: Antonio Pérez Gracia
Impresión: Contraste